

estaban acostumbradas á dominar como reinas, alternativamente ó juntas, en todas partes.

Así, pues, no era el deseo de ser amada por el primer venido, el que las hacía disputarse en aquel instante la preferencia de hermoso oficial, sino el amor propio, innato en el corazón de la mujer, y mayor en el corazón de la mujer bella, que quiere conquistar siempre, vencer siempre y uncir un esclavo más al carro de sus triunfos.

Además, ya he dicho cuáles eran las ventajas físicas y sociales de Enrique, y será fácil comprender cuán superior le hallaron las lindas jóvenes, á todos los rendidos amantes que hasta allí las habían rodeado.

Ser amadas también de aquel gallardo y brillante joven de México, ¡qué placer y qué orgullo!

Clemencia estaba invitada á almorzar en casa de Isabel. Pusiéronse á la mesa y almorzaron alegremente; pero cualquiera habría podido notar en el semblante y en la conversación de las hermosas, que una preocupación oculta las agitaba y las ponía, á ratos, pensativas.

Iban á ser rivales, ó más bien dicho, ya lo eran.

XI

LOS DOS AMIGOS

— ¿Por qué viene vd. tan callado, Valle? ¿ha dejado vd. el alma en esa casa? preguntó Flores á su amigo, después de haber andado algún rato.

— No tal.

— Sí; conmigo, fuera reservas: vd. está enamorado, hijo mío, ó algo le sucede de extraordinario, porque ha tenido vd. singularidades que no pueden engañar á ojos tan expertos como los míos.

— Ya vd. me conoce, soy tímido delante de las mujeres, y esto es lo que me ha sucedido hoy. Ayer ha pasado lo mismo. Sabía yo que esta familia vivía en Guadalajara; que ella había estado en México y que había tenido

intimidad con la familia de mi padre, á causa de su parentesco. Pero yo no la conocía : pregunté por ella al llegar; me dieron razón y me presenté en su casa. Me recibió mi tía muy bien; pero pasados diez minutos de mi visita no sabía ya de qué hablar, y mi permanencia allí fué un suplicio. Como vd. ve, mi prima es bella; su vista me causó una impresión difícil de definir : deseaba alejarme de ella, y lo sentía al mismo tiempo. No sé cuántas barbaridades dije, y era que me preocupaba su belleza, esa belleza inocente y encantadora.

— Eso se llama amor, chico. ¿Ha estado vd. enamorado alguna vez?

— Nunca : le confieso á vd. que cuando era estudiante vivía entregado á los libros, visitaba pocas casas, y en ellas, aunque solía encontrar muchachas hermosas, casi siempre las vi enamoradas de otros, y esto naturalmente me hacía alejar de ellas, así como á ellas interesarse muy poco en agradarme. Además, yo conocí que no soy simpático para las mujeres, no tengo esas dotes brillantes que vd. posee en alto grado para cautivar el corazón femenino; mi carácter es sombrío y taciturno : ya vd. comprenderá que hay motivo para que mi juventud se haya deslizado solitaria y triste. Le pareceré á vd. ridículo, pero

la verdad es que mi corazón está virgen de todo amor.

— ¡Hombre! ridículo, no; pero raro, sí, muy raro : ¡un corazón virgen á los veinticinco años! ¡en este tiempo en que ya á los doce se tiene novia, y muchas veces querida! convengó en que no haya vd. amado, esta palabra ahora es convencional; pero habrá vd. tenido una querida : ¿quién no tiene hoy, apenas llegada la pubertad, una triste querida?.....

— Tampoco; me hubiera sido eso difícil sin amar. Las pasiones de los sentidos no han sido hechas para mí. Como desde niño he carecido del dulce placer de sentirme amado, y como he atesorado en el alma un inmenso caudal de cariño tan ardiente como puro, he deseado con avidez amar; pero hubiera creído profanar mis sentimientos entregándome á las pasiones banales y que gastan la organización corrompiendo casi siempre el alma.

— ¡Canario, y qué singular filósofo es vd., Fernando! Vd. no pertenece á esta época. Es vd. un casto soñador, un poeta quizá; pero de todos modos un hombre al agua. ¿Ha leído vd. novelas?

— Pocas.

— ¿Ha frecuentado vd. á los poetas?

— Algo; pero le diré á vd. : antes, muy

antes de que me aficionara á ese género de lectura, pensaba y sentía lo mismo. Las ideas que tengo no me vienen de los libros, sino de las impresiones que he recibido desde mi infancia. He sufrido, y el mundo, que pudo haber sido para mí un Edén, fué un infierno desde los primeros pasos. ¡Feliz quien como vd. sólo ha pisado rosas en su camino!

— Como habíamos hablado pocas veces de este modo, le confieso á vd. que no le había observado esta particular disposición al romanticismo, que ahora le noto, y de que le habría curado radicalmente, como de una enfermedad odiosa. ¿Quién diablos le ha puesto á vd. hollín en el cerebro? ¿Quién le ha dicho á vd. que este hermoso y querido mundo es un infierno? Sólo los tontos creen ya en el valle de lágrimas; y quédese á su mal gusto aquel que quiera recibir la vida como un cáliz amargo. ¿Pues qué, vd. toma todas las cosas á lo serio?

— ¿Y cómo no tomarlas así, cuando no se me presentan risueñas?

— El talento consiste, amigo mío, en cambiarles la cara. Yo nunca he sido romántico.

— Pero vd. siempre habrá sido feliz.

— Feliz absolutamente, no; necesitaba yo muchas, muchísimas cosas para ser feliz. Mi ambición es insaciable, mis sentidos exigentes hasta lo imposible.

— ¿Sus sentidos? ¿pero vd. no tiene corazón?

— Querido, ¿cree vd. en el corazón?

— ¡Cómo si creo! demasiado, y ahora más todavía.

— Arránquesele vd. en la primera oportunidad, Fernando : créame vd., es una entraña que maldita la falta que nos hace, y que debe acarrear infinitas contrariedades. De mí sé decir que nunca le he tenido, si no es en la acepción física de la palabra, y me he reído alegremente de aquellos que decían ser desgraciados por un exceso de sentimiento. Eso está bueno para urdir cuentos; el corazón es como el diablo, sólo existe en las leyendas.

— Pero ¡qué horrores está vd. diciendo! apenas me atrevo á creer que habla vd. con formalidad.

— Pues no lo dude vd., amigo mío, y le aseguro bajo mi palabra de honor, que no soy de aquellos que por haber sufrido algún quebranto terrible en sus esperanzas ó en sus pasiones, se hacen los interesantes diciendo que ha muerto su corazón, que no tienen en el pecho más que cenizas, con otras mil necesidades tan ridículas como impertinentes. No : si alguno puede dar gracias á la fortuna por sus coqueterías y sus lisonjas, soy yo, que sin fatuidad he apurado desde muy temprano los

goces, y he hecho de mi vida una especie de orgía de buen tono. No es mi ánimo hacer á vd. mi biografía, pero no dejaré vd. de creerme si le digo que hasta aquí la suerte no me ha contrariado nunca, y que apenas le he pedido algo cuando se ha dado prisa en alargármelo con buen modo. Nací rico y lo soy aún, no millonario, esto vendrá después; pero lo suficiente para haber tomado asiento, durante algunos meses, en el banquete que el placer ofrece en Europa á los sibaritas del siglo XIX. Aun me quedan, como es de suponerse, mil goces por saborear; pero esto, lejos de ser una contrariedad, es un incentivo para seguir mi camino; es una esperanza que me sonríe llamándome; es una garantía de que no tendré un porvenir fastidioso. ¿Qué habría quedado para mis cuarenta años, si hubiese agotado todas las delicias en la juventud? Volví al país, y por algún tiempo no tuve otra ocupación que galantear; el galanteo es un entretenimiento interino, y bueno cuando es provechoso. Yo no soy platónico; y, con perdón de vd., creo que el platonismo es manjar de tontos. En este tiempo en que se vive tan presto, sacrificar los mejores días á los goces de lo que vdes. llaman *alma*, es pasar una hermosa mañana de primavera estudiando Geografía en un gabinete; es pasar una hermosa noche de estío

traduciendo el *Arte de amar*. Así, pues, en cuanto á mujeres.....

— ¡Ah, si! en cuanto á mujeres, demasiado sé cuán afortunado ha sido vd.

— He hecho llorar algunos hermosos ojos aquí en mi inculta patria, donde todavía se usan el color natural y las lágrimas sinceras; pero reflexione vd. en que sería peor para mí, verme obligado á lamentar *el rigor de las desdichas*. Con las mujeres no hay remedio: ó tiene uno que engañar ó que ser engañado. ¿Preferiría vd. ser lo último?

— Pero cuando el corazón se interesa.....

— Amigo mío, no olvide usted que le he dicho que yo no tengo esa desventaja. Si yo hubiese poseído un ápice de ese sentimentalismo anticuado, el libro de mis aventuras estaría en blanco como el de vd.

Habría dado con la primera Dálila de las que andan por ahí, y á esta hora, tonsurado y miserable, habría compuesto algunas endechas llenas de dolor, pero no habría arrancado de la ingrata ni una sola de esas lágrimas que tantas veces han regado mis manos y mi cuello.

— ¡Pero, Enrique, por Dios, no todas son Dálilas!

— Todas, Fernando, todas; no lo son por maldad, lo son por naturaleza, inocentemente,

sin saber lo que hacen, tal vez sin quererlo; pero el hecho es que aun amando acaban con las fuerzas de un hombre, lo enervan y lo entregan á los furores del destino, desarmado, impotente, y el amor no debe ser más que el embellecimiento del camino de la ambición.

— Me espanta vd..... yo creía que el amor era uno de los grandes objetos de la existencia; yo creía que la mujer amada era el apoyo poderoso para el viaje de la vida; yo creía que sus ojos comunicaban luz al alma, que su sonrisa endulzaba el trabajo, que el fuego de su corazón era una savia vivificante que impedía desfallecer.

— ¡Poesía! ¡poesía! Deje vd. de creer en eso, y mire vd. que le estoy hablando como no le hablaría á nadie, porque es peligroso revelar las opiniones íntimas de uno, como le es peligroso á un espadachín descubrir el cuerpo á los ojos de un contrario hábil. Esto le probará á vd. que le quiero.

— Pero dígame vd., Flores, con semejantes ideas cuyo origen no me es desconocido ya, ¿cómo es que sirve vd. en el ejército, y en un tiempo como este, en que la República anda de capa caída?

Flores sonrió y se turbó un poco ante la mirada fija de Valle.

— Precisamente por eso vengo aquí. ¿Vd. tiene fé en el triunfo de la independencia?

— Tengo gran fé, una fé incontrastable.

— ¿Y vd. cree que no morirá en la lucha?

— Eso no lo sé: nada difícil es que muera; pero moriré con la conciencia de que tarde ó temprano triunfará la República.

— Pues bien; yo también tengo fé, y hay algo que me dice que sobreviviré á la guerra. Vd. comprenderá que vamos á quedar muy pocos, y de esos pocos me propongo ser uno. El camino así se hace más corto, y yo llegaré á mi fin.

— De modo que el patriotismo entra muy poco en los propósitos de vd.

— El patriotismo tiene sus móviles de diferente especie; para unos es cuestión de temperamento, para otros es la simple gloria, ese otro platonismo de los tontos; para mí es la ambición. Yo quiero subir.

— ¿Y todo para hundirse después en los goces?

— Es claro; en todos los goces del orgullo, del poder, de la riqueza, del amor, de la gloria. Todos juntos se saborean cuando está uno colocado muy arriba de sus semejantes. Sin lograr esto, se tendrá uno de ellos ó dos, pero no todos, y mi ambición los busca todos. Si me hubiese hecho banquero, soplándome el

viento de la fortuna habría llegado á ser millonario; pero tendria quizás que inclinarme alguna vez delante del hombre de armas ó del gobernante. Prosiguiendo mi carrera de galanteos, habria llegado á poseer acaso á todas las mujeres que hubiera deseado; pero en primer lugar tengo miedo al hastio, y luego; un D. Juan..... ¿qué es un simple D. Juan? Un reyezuelo de salón, una potencia de retrete que se eclipsa delante de un guerrero afortunado, delante de un millonario bestia, y aun muchas veces delante de un hombre de talento, que es mucho decir. Un D. Juan tiene que ocultar en el misterio la satisfacción de su dicha, y cuando la hace pública, se limita á recibir incienso de una pequeña corte de aduladores vulgares, que son al gran libertino lo que los lebreles son al cazador, es decir, que sólo lamen la mano para obtener los restos de la presa.

¡Eso es fastidioso....! yo quiero algo más que semejantes goces mezquinos..... Pero, chico, nos engolfamos en una conversación estrafalaria, y noto que estoy impertinente-mente comunicativo : dejemos esto, ya curaré á vd. del platonismo que le está secando; hablemos de la primita, que fué lo primero que se ofreció á mi imaginación cuando comenzamos á charlar. ¿Sabe vd. que es una lindi-

sima criatura? Una conquista que valdría la corona mural?

Fernando palideció.

— Si, es linda, murmuró secamente.

— ¿Piensa vd. hacerle el amor?

— No : he observado que vd. le simpatiza, que yo le repugno. Ya ve vd. que es mal principio para mí. Trabajaría sin esperanza; y *quien no espera vencer, ya está vencido*. Vd. tiene el campo.

— Pero, vamos, ¿vd. la ama?

— No lo sé, y aun no me doy cuenta de la verdad de lo que pasa en mi alma. He dicho á vd. que la impresión que me causó desde que la vi, es extraña : hoy que la vi hablar tan amablemente con vd., senti una especie de odio; pero querría siempre estar mirándola.

— ¡Pobre Fernando! es vd. demasiado sincero. Pues bien, eso es amor; vd. la ama, y ha sentido celos. Yo he recogido demasiadas flores en el campo del mundo, para querer arrebatársela á vd. esa pequeña rosa. Vd. puede lanzársela; hable, enamórela, y pronto, porque no tardarán en tocar á botasilla, y vea vd. que no nos quedan en perspectiva más que algunas flores silvestres, cuyo aroma no será precisamente una delicia para nuestro olfato de cortesanos.

Valle se sentía mal al oír hablar de este

modo al libertino. Había levantado en su corazón un altar á Isabel, y veía tratar á su ídolo, como Flores trataba siempre á las víctimas de su lubricidad.

— Estoy resuelto : no le diré nada, contestó; esa joven no merece que dos militares como nosotros, la hagan objeto de una distracción pasajera.

— ¿Por qué? ¿por que es prima de vd? Pues hombre, las primas de uno....

— No diga vd. más, Enrique, por su vida; me causa pena que vd. no vea en una mujer tan angelical más que un objeto de cruel diversión y de innoble placer.

— ¡Platónico!.... Vd. se curará. Pero, resueltamente, la rubia es bellísima : difícilmente, á no estar vd. á su lado, me resignaría yo á no decirle nada. Así es que vd. ó yo; escoja. Con vd. estará garantizada; conmigo, no me atreveré á decir que la seduciría, fuera hacer á vd. una ofensa; pero es seguro que llegaría á amarme. Librela vd. de mí. Yo me consagraré á la deliciosa morena; esa me seduce, es una sultana, en cuyos ojos negros beberé fuego. Vamos, decidase vd.

Fernando pensó que su amigo hablaba sinceramente á pesar de su libertinaje; comprendió que su prima estaba perdida si la dejaba en poder de Flores, que ya la había hecho

sentir la funesta influencia de su mirada irresistible; comprendió que la única defensa para ella consistía en su amor, amor que por otra parte parecía haber avasallado su corazón tan rápida como imperiosamente. Además, recordó la sensación dolorosa que experimentó al aproximarse á Clemencia, cuyos ojos negros le habían causado movimientos nerviosos, presagos de algún mal terrible. Dejar á esta belleza poderosa y fatal en lucha con Enrique, no era una villanía, porque iban á encontrarse dos potencias igualmente fuertes; y después de todo, si alguna desgracia acontecía, ¿no valía más que recayera sobre la altiiva morena, sobre la *liona* aristocrática y soberbia, más bien que sobre la débil virgen que no parecía contar con fuerzas suficientes para luchar sin morir?

— Está bien, dijo Fernando resueltamente, me consagro á mi prima. Haga vd. la guerra á la hermosa de ojos negros.

— Arreglado. Ahora, pensemos en la manobra; volveremos á la casa de la prima de vd., porque es preciso que me introduzca en la de Clemencia, pues no debo esperar encontrar á ésta siempre en otra casa que la suya. Una vez logrado, vd. se quedará frente á su enemigo y yo frente al mío, y veremos quién domina la posición primero.

Con tal resolución, después de haber paseado

por varias calles solitarias, entraron en el cuartel, dirigiéndose Enrique al alojamiento del coronel y Fernando á su aposento, en donde se sentó pensativo y ceñudo.



XII

AMOR

Isabel, en cuya alma no se había eclipsado un momento la imagen del gallardo mexicano, apenas estuvo sola, se puso á pensar con toda libertad en aquella aparición que venía á derramar una nueva luz sobre su porvenir.

En las organizaciones dulces y tímidas como la de Isabel, el amor comienza así, apoderándose rápidamente y con más fuerza, á medida que es más débil el espíritu que domina.

La joven comenzó á decirse todas esas palabras que, sin salir de los labios, causan rubor á las niñas y las hacen recelar las miradas y los oídos extraños, como si el fondo de su pensamiento y de su corazón pudiese ser visto, y como si el acento de su voz íntima pudiese ser escuchado.

— ¡Qué interesante es! ¡cuánta elegancia en su traje y en sus actitudes! ¡qué delicadeza en sus maneras! ¡qué valor se descubre en su carácter! ¡qué talento en sus palabras! Pero, sobre todo, sus ojos tienen algo que subyuga, que atrae, que penetra hasta el corazón.

Y luego Isabel pasaba revista en su memoria á sus adoradores antiguos, los comparaba con Enrique, y aun haciendo todos los esfuerzos posibles para ennoblecerlos, para poetizarlos, para exagerar sus cualidades brillantes, los encontraba inferiores, los encontraba prosaicos, por más que evocaba en su favor toda la antigüedad del afecto, todo el orgullo del *patriotismo*.

No, no había nadie igual á su nuevo amigo.

— Pero este hombre, añadía, no puede, no debe tener el corazón libre; es preciso, es seguro que ame á otra, que haya dejado en México á la querida de su alma, porque con tales cualidades, sería absurdo suponer que no hubiese habido, no digo una mujer, sino cien mujeres que le amasen.

Y este pensamiento le hacía mal.

— Y ¿qué me importa, después de todo, que tenga amores y que le adoren en México ó en cualquiera otra parte? ¿Acaso yo puedo amarle, acaso él no es una ave de paso que durará aquí el tiempo que tarden los franceses

en venir? ¿Acaso sabemos quién es? ¡Qué loca soy en estar pensando esto!

Y procurando distraerse y hacerse ruido, se sentaba al piano y ensayaba una melodía; pero la música ejercía luego en su espíritu su natural influencia; latía su corazón, y la imagen del bello oficial venía á interponerse entre sus ojos y el papel de música extendido sobre el atril.

Entonces se interrumpía, quedábase meditabunda otra vez, y recordaba á Clemencia.

Le parecía que su amiga había hablado de Enrique con más interés del que es natural respecto de una persona á quien se ve por vez primera. La había visto dirigir á Flores frecuentes miradas, y aun estaba segura de que había quedado *impresionada* fuertemente. Y era de suponerse; Clemencia era una mujer de imaginación exaltada y ardiente, amaba también lo bello; ¿cómo no había de haber encontrado digno de atención á aquel joven tan privilegiado? Pero Clemencia era orgullosa y dominadora, sabía disimular sus inclinaciones, y no quería por nada de este mundo cometer la debilidad de indicar con una sola mirada, con una sola palabra, el afecto de su corazón.

Así es que no había motivo para temer una rivalidad..... por lo pronto, pues aunque Cle-

mencia era acusada de coqueta hacía algún tiempo, y gustaba de avasallar á todo el mundo, no lograría en este caso nada, interponiéndose, como se interponía, el amor de una amiga tan querida : sobre todo, Enrique iba á estar enamorado dentro de poco tiempo, y eso bastaba.

Tales eran las ideas que en tumulto se levantaban en el alma de Isabel.

Y cuando el pensamiento de su antagonismo con Clemencia la preocupaba más fuertemente, cuando suponía que su amiga, atropellando todas las consideraciones había de acometer la empresa de subyugar á Enrique, Isabel se levantaba apresuradamente, se ponía frente á uno de los grandes espejos que adornaban su salón, veía retratada en él su imagen y sonreía con aire de triunfo. Era bella, no con la belleza de su amiga, sino con una belleza más pura, más poética, más ideal.

— Enrique no puede enamorarse sino de una mujer que hable á su alma, pensaba.

Pero inmediatamente, y cándida é inexperta cómo era, sentía que en las miradas de Enrique y en su sonrisa había algo que no era enteramente puro, algo semejante al deseo, algo que parecía abrasar, y la niña recordaba que sus mejillas se habían encendido, y sus labios habían temblado, y palpitado su corazón al

sentir la influencia de esos ojos azules que parecían despedir llamas sobre todo aquello en que se fijaban.

Entonces un misterioso terror se apoderaba de ella, y había alguna voz íntima que le decía que aquel hombre era peligroso para su virtud y para su reposo, ó bien que Clemencia, la mujer de las miradas de fuego, era la que debía cautivar la naturaleza sensual del joven mexicano.

Tan diversos pensamientos estuvieron atormentando á la bella rubia, durante algunas horas, hasta que la llegada de algunos amigos jóvenes de Guadalajara, que tenían costumbre de hacerle la corte, vino á distraerla de su penosa agitación.

Pero en lugar de que la vista y la conversación de sus antiguos adoradores pudieran consolarla y aun hacerle olvidar sus preocupaciones anteriores, sólo sirvieron para darles más fuerza.

Isabel, que permanecía obstinadamente callada ó que apenas se dignaba mezclar en la conversación algunas palabras sin sentido, había estado observando fijamente y como pensativa, á los jóvenes, los había comparado con aquella imagen que tenía tan presente en la memoria, y concluía con hacer un pequeño movimiento de impaciencia, que cualquiera

que hubiese leído en su alma, habría traducido de este modo :

— Ninguno es como él.

Y en efecto, no podían comparársele bajo ningún punto de vista.

Los pobres muchachos se despidieron sin comprender el por qué de aquella taciturnidad y preocupación que habían notado en la bella rubia, por lo regular tan risueña, tan franca y comunicativa.

Vino la noche, y con ella el insomnio de la mujer enamorada, y el tropel de profundas meditaciones y de vehementes sentimientos.

Nuevas reflexiones la asaltaron en las horas de reposo, otra vez vino la imagen de Clemencia á aparecérsese con todo el brillo de una hermosura irresistible y con la actitud y la sonrisa del triunfo, y todo esto, unido al violento deseo de que fuera de día y de volver á ver al bello oficial, la hizo pasar en una verdadera tortura las primeras horas de aquella noche malhadada.

Había llegado para Clemencia el fatal instante de amar. Los afectos que antes abrigaba en su alma y que habían apoderádose de ella, lenta y tibiamente, desaparecieron para dar lugar sólo á ese amor imperioso que había venido como la tempestad y que había herido como el rayo.

Todavía no era una pasión, pero sin duda alguna podía llegar á serlo; é Isabel lo comprendía en el vago temor que sentía al pensar en Enrique, y que la obligaba á rezar para buscar apoyo en Dios, contra ese sentimiento que parecía dominar su corazón de una manera tan desconocida como inesperada.

Al día siguiente, Isabel estaba tan pálida, tan pensativa, demostraba tal agitación y tal malestar, que su madre, alarmada, no pudo menos de preguntarle la causa de aquella novedad que era tan perceptible. Isabel pretextó un fuerte dolor de cabeza, y procuró ocultar á los ojos de todos sus sensaciones, fingiendo una alegría que á medida que era más extraordinaria parecía menos natural.

Vistióse con esmero, y aun podría decirse con coquetería. Sentóse al piano; pero cambiando á menudo papeles y no concluyendo ninguna pieza que comenzaba, más bien parecía agitada por una impaciencia febril, que inspirada por el numen de la melodía. Jugaba con las teclas, improvisaba, mezclaba las armonías tristes de los maestros italianos con las notas profundas de la música alemana ó con las alegres y ligeras de los maestros franceses. En fin, pensaba tocando y traducía en el piano sus pensamientos desordenados y confusos, y se volvía frecuentemente hacia la

puerta, como si esperase la aparición que evocaba en lo íntimo de su alma.

Así pasaron como siglos las horas de la mañana. Llegó la tarde, é Isabel pensó salir á dar un paseo para distraerse; pero temiendo que su primo y su amigo no la encontrasen, en caso de venir, prefirió quedarse sufriendo aquellos dulces tormentos de la expectativa y de la soledad.

No se engañó : dieron las cuatro, y la voz armoniosa de Enrique sonó en los corredores. El corazón de Isabel palpitó apresurado, y cubierto de rubor el semblante, la joven miró á la puerta por donde en efecto aparecieron los dos oficiales.



XIII

CELOS

Fernando notó con algún asombro la impresión que causaba en su prima la llegada de él y de su amigo, pues no parecía sino que la hermosa joven era una tímida niña de doce años, no acostumbrada aún al trato social.

Se hallaba turbada visiblemente.

Alargó su mano pequeña y fina, primero á Valle y después á Flores, y se conmovió al sentir la blanda presión de los dedos de éste, sus labios se agitaron procurando balbucir algunas palabras de saludo, se desprendió más ruborizada todavía, y salió ligeramente del salón, diciendo á los oficiales :

— Voy á avisar á mamá : tomen vdes. asiento.